



CAPÍTULO XXX

La Asamblea Legislativa — La reacción en 1791-1792



A nueva Asamblea Nacional, elegida únicamente por los ciudadanos activos, y que tomó el nombre de Asamblea Nacional Legislativa, se reunió el 1.º de octubre de 1791, y desde el primer momento, el rey, alentado por las manifestaciones de la burguesía que le rodeaba, tomó una actitud arrogante hacia la nueva Asamblea. Entonces, como al principio de los Estados Generales, la corte inició una serie de impertinencias y pequeñas vejaciones, que fueron contestadas con débiles resistencias por parte de los representantes. A pesar de ello, la Asamblea, cuando el rey fué a visitarla, le recibió con serviles muestras de respeto y con el más vivo entusiasmo. Luis XVI habló de una constante armonía y de una confianza inalterable entre el cuerpo legislativo y el rey. «Que el amor de la patria

nos una, y que el interés público nos haga inseparables», decía el rey, y en aquel momento mismo preparaba la invasión extranjera para dominar a los constitucionales y restablecer la representación por tres órdenes y los privilegios de la nobleza y del clero.

En general, desde el mes de octubre de 1791, y, precisando más, desde la evasión del rey y su detención en Varennes, en junio, el



DESARME DE LOS CABALLEROS DEL PUÑAL

temor de la invasión extranjera dominaba en los ánimos y era el objeto principal del pensamiento. La Asamblea Legislativa tenía su derecha en los fuldenses o monárquicos constitucionales, y su izquierda en el partido de la Gironda, que servía de etapa de paso entre la burguesía semi-constitucional y la burguesía semi-republicana; pero ni unos ni otros se interesaban por los grandes pro-

blemas que la Constitución les había legado. Ni la instauración de la República, ni la abolición de los privilegios feudales apasionaban a la Asamblea Legislativa. Los mismos jacobinos y hasta los franciscanos parecían convenidos en no hablar ya de República, dándose importancia a las cuestiones secundarias, como la de saber quién sería alcalde de París, con lo que se conservaba el fuego de las pasiones revolucionarias.

La gran preocupación del momento era la cuestión de los curas y la de los emigrados.

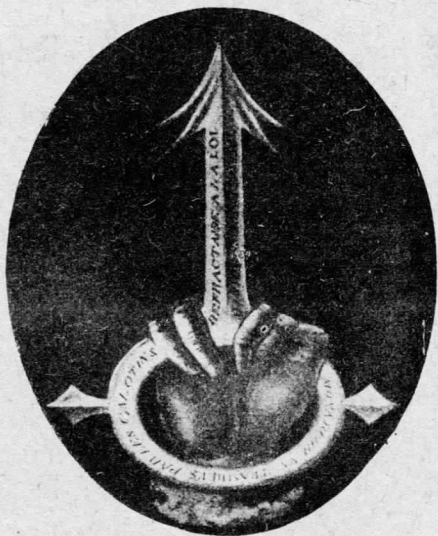
Una y otra lo dominaban todo a causa de las tentativas de

levantamientos contra-revolucionarios organizados por emigrados y curas, y porque se relacionaban íntimamente con la guerra extranjera cuya aproximación se presentía.

Sabíase desde el 15 de julio de 1789 que el hermano más joven del rey, el conde de Artois, había emigrado; el otro, el conde de Provenza, se había evadido al mismo tiempo que Luis XVI, y había logrado llegar a Bruselas, y ambos habían protestado contra la aceptación de la Constitución por el rey. Este, decían, no podía alienar los derechos de la antigua monarquía; por consecuencia, su acto era nulo. Su protesta fué esparcida por los agentes realistas por toda Francia, produciendo gran efecto.

Los nobles abandonaban sus regimientos o sus castillos y emigraban en masa, y los realistas amenazaban a los que no hicieran lo mismo, relegándolos a la burguesía cuando la nobleza volviera victoriosa. Los emigrados, reunidos en Coblentza, en Worms y en Bruselas, preparaban francamente la contra-revolución, que debía ser sostenida por la invasión extranjera. Era cada vez más evidente que el rey jugaba doble juego, porque nadie podía ignorar que todo lo que sucedía en la emigración era con su consentimiento.

La Asamblea se decidió al fin, en 30 de octubre de 1791, a proceder contra Luis Estanislao Javier, hermano inmediatamente menor del rey, que había recibido de Luis XVI, en el momento de su evasión, un decreto confiándole el título de regente, en el caso de que el rey fuera detenido. La Asamblea ordenó al conde de Provenza que entrara en Francia en el término de dos meses, perdiendo en caso de



MODELO DEL ARMA ADOPTADA POR LA
CONJURACIÓN DE LOS PUÑALES

desobediencia sus derechos a la regencia. Pocos días después (el 9 de noviembre) la Asamblea ordenó a los emigrados que entraran en Francia antes de terminar el año; de lo contrario serían tratados como conspiradores, condenados como contumaces, y sus rentas serían embargadas en beneficio de la nación, «sin perjuicio, no obstante, de los derechos de sus mujeres, de sus hijos y de sus acreedores



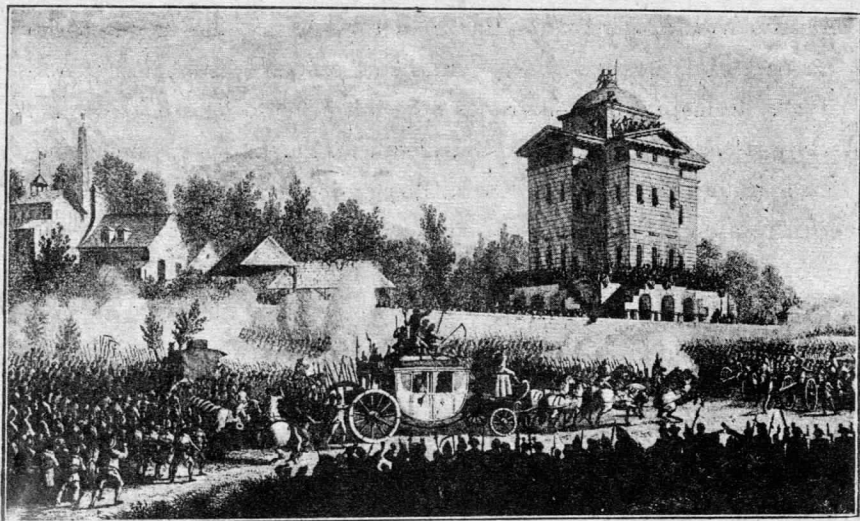
LA VUELTA DE VARENNES

(De una estampa de la época)

legítimos». El rey sancionó el decreto concerniente a su hermano, pero opuso su veto al segundo decreto referente a los emigrados. Lo mismo hizo respecto de un decreto que ordenaba a los clérigos a jurar la Constitución, so pena de ser detenidos como sospechosos, en caso de perturbaciones religiosas en las comunas donde prestaban sus servicios. El rey opuso su veto también a ese decreto.

El acto más importante de la Asamblea Legislativa fué la declaración de guerra a Austria. Esta hacía públicamente preparativos de guerra para restablecer a Luis XVI en sus derechos anteriores a 1789. El rey y María Antonieta instaban con urgencia al empera-

dor, y sus demandas fueron cada vez más insistentes después del fracaso de la evasión; pero es muy probable que esos preparativos se hubieran prolongado quizá hasta la primavera próxima, si los girondinos no hubieran impulsado a la guerra. La incoherencia del ministerio, uno de cuyos miembros, Bertrand de Moleville, era formalmente opuesto al régimen constitucional, mientras que Narbonne



LA VUELTA DE VARENNES

(De una estampa de la época)

quería hacer de él el apoyo del trono, produjo su caída, y en marzo de 1792 Luis XVI llamó al poder a un ministerio girondino, con Dumouriez a los Negocios exteriores; Roland, es decir, madama Roland, al Interior; de Grasse, pronto reemplazado por Servan, a la Guerra; Clavière, a la Hacienda; Duranthon, a la Justicia, y Lacoste, a la Marina.

Inútil decir (como Robespierre lo hizo notar pronto) que, lejos de activar la Revolución, la llegada de los girondinos al ministerio fué, al contrario, un punto de apoyo para la reacción. Todo se inclinó a la moderación, desde que el rey aceptó lo que la corte llamaba «el ministerio descamisado». Solamente a la guerra se inclinaba con furor

aquel ministerio, contra la opinión de Marat y de Robespierre, y el 20 de abril de 1792 triunfaban los girondinos: se declaró la guerra a Austria, o, como se decía entonces, «al rey de Bohemia y de Hungría.»

¿Era necesaria la guerra? Jaurés (*Histoire Socialiste, La Législative*, pág. 815 y sig.) se hace esta pregunta, y para resolverla reproduce muchos documentos de la época, sacando en conclusión, de acuerdo con la opinión de Marat y Robespierre, que la guerra no era necesaria. Los soberanos extranjeros tenían ciertamente el desarrollo de las ideas republicanas en Francia; pero de eso a correr a salvar a Luis XVI había mucha distancia: vacilaban en comprometerse en una guerra de ese género. Los girondinos quisieron la guerra e impulsaron a ella, porque la consideraban como un medio de combatir el poder real.

La verdad sobre este asunto la dijo Marat, bien dicha y sin frases. «—Queréis la guerra—decía,—porque no queréis recurrir al pueblo para dar a la monarquía el golpe decisivo.» Antes que recurrir al pueblo, los girondinos y uno de los jacobinos preferían la invasión extranjera, que, despertando el patriotismo y poniendo al descubierto las traiciones del rey y de los realistas, produciría la caída de la monarquía sin necesidad de un levantamiento popular. «—Necesitamos grandes traiciones», decía Brissot, el hombre que odiaba al pueblo, sus levantamientos desordenados y sus ataques contra la propiedad.

De ese modo, la corte por su parte y los girondinos por la suya se hallaban de acuerdo en el deseo de activar la invasión de Francia. En tales condiciones la guerra se hizo inevitable, y se encendió, furiosa, para durar veintitrés años, con todas sus consecuencias, funestas para la Revolución y para el progreso europeo. «—¡No queréis recurrir al pueblo, no queréis la revolución popular; pues tendréis la guerra y quizá también la derrota!» ¡Cuántas veces se ha confirmado después esta verdad!

El espectro del pueblo armado y rebelde, pidiendo a la burguesía su parte en la fortuna nacional, se presentaba incesantemente a los del tercer Estado que habían llegado al poder o que habían

adquirido en los clubs y en los periódicos alguna influencia sobre la marcha de los acontecimientos. Conviene decir también que la educación revolucionaria del pueblo se hacía poco a poco por la Revolución misma, y que se atrevía a reclamar medidas de carácter comunista que hubieran contribuido a borrar algún tanto las desigualdades económicas (1).

Se hablaba en el seno del pueblo de «igualación de las fortunas». Los campesinos que poseían malos pedazos de terreno, y los obreros



TERRAZA DE LOS FULDENSES

de las ciudades, reducidos a la paralización del trabajo, se atrevían a afirmar su derecho a la tierra. Se pedía en los campos que nadie pudiera poseer una hacienda de más de 120 arpentas de tierra, y en las ciudades se decía que quien deseara cultivar la tierra había de tener derecho a un número determinado de arpentas.

La tasa sobre las subsistencias para impedir el agiotaje sobre los artículos de primera necesidad, leyes contra los monopolizadores, la compra municipal de las subsistencias entregadas a los habitantes al precio de coste, el impuesto progresivo sobre los ricos, el empréstito forzoso y, por último, pesadas tasas sobre las herencias, todo

(1) Después de los decretos del 15 de marzo hubo numerosas reclamaciones, que han sido señaladas por Doniol (*La Révolution*, etc., ps. 104 y siguientes), y por N. Karéiev (*Les Paysans et la question paysanne en France dans le dernier quart du XVIII^e siècle*, París, (Giard) 1899, ps. 489 y sig. y apéndice n.º 33).

ello era discutido por el pueblo, y esas ideas penetraban también en la prensa. La misma unanimidad con que se manifestaban cada vez que el pueblo alcanzaba una victoria, sea en París, sea en las provincias, prueba que esas ideas circulaban ampliamente en el seno de los desheredados, aunque los escritores de la Revolución apenas se atrevieran a exponerlas. «¿No comprendéis —decía Robert en las *Revoluciones de París*, en mayo de 1791—, que la Revolución francesa, por la cual combatís *como ciudadano*, es una verdadera ley agraria puesta en ejecución por el pueblo? El pueblo ha entrado en posesión de sus derechos. Un paso más, y entrará en posesión de sus bienes...» (Citado por Aulard, p. 91).

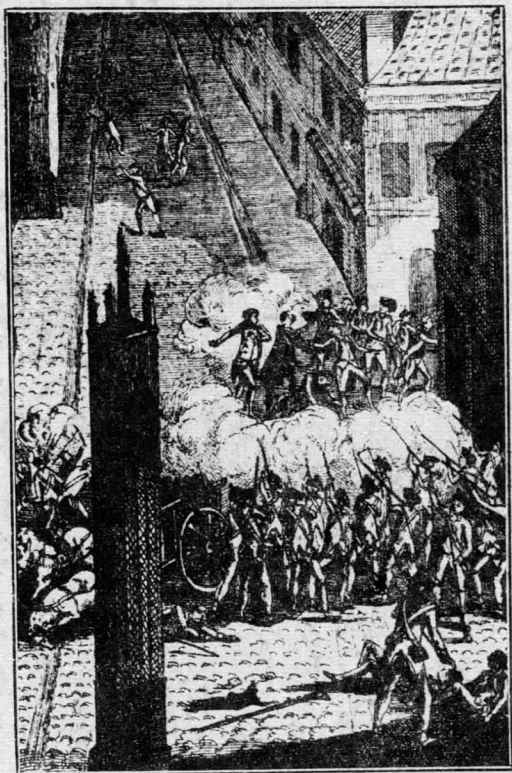
Compréndese el odio que tales ideas provocaban entre los burgueses, que se proponían gozar ya de las fortunas adquiridas y de su nueva situación privilegiada en el Estado. Grandes fueron, por tanto, los furores que se suscitaron en marzo de 1792 cuando se supo en París que Simoneau, el alcalde de Etampes, acababa de ser asesinado por los campesinos. Como tantos otros alcaldes burgueses, hacía fusilar a los campesinos rebeldes que caían en sus manos, y nadie protestaba; pero cuando los campesinos hambrientos, que pedían que se tasara el pan, mataron al alcalde con sus picas, había que oír el coro de indignación que suscitó ese incidente en la burguesía parisiense.

«Ha llegado el día en que los propietarios *de todas las clases* deben sentir al fin que van a caer bajo la hoz de la anarquía», gemía Mallet du Pan en su *Mercure de France*, y pedía la «coalición de los propietarios» contra el pueblo, contra los bandidos, los predicadores de la ley agraria. Todos se dedicaron entonces a perorar contra el pueblo, Robespierre como los demás. Apenas si un cura, Dolivier, osó levantar la voz en favor de las masas y afirmar que «la nación es realmente propietaria de su terreno». «No hay ley —decía,— que pueda, en justicia, obligar al campesino a pasar hambre, mientras los servidores y hasta los animales de los ricos tienen lo que necesitan.»

Robespierre, por su parte, se apresuró a declarar que «la ley

agraria es un espantajo absurdo, presentado a hombres estúpidos por hombres perversos», y rechazó de antemano toda tentativa que se hiciera para la «igualación de las fortunas». Siempre cuidadoso de no excederse jamás de la opinión de los que representaban la fuerza dominante en un momento dado, se guardó bien de colocarse al lado de los que marchaban con el pueblo y comprendían que únicamente las ideas igualitarias y comunistas darían a la Revolución la fuerza necesaria para terminar la demolición del régimen feudal.

Ese temor al levantamiento popular y a sus consecuencias económicas impulsaba a la burguesía a agruparse cada día más alrededor de la monarquía, y a aceptar íntegra la Constitución elaborada por la Asamblea Constituyente, con todos sus defectos y todas sus complacencias con el rey. En

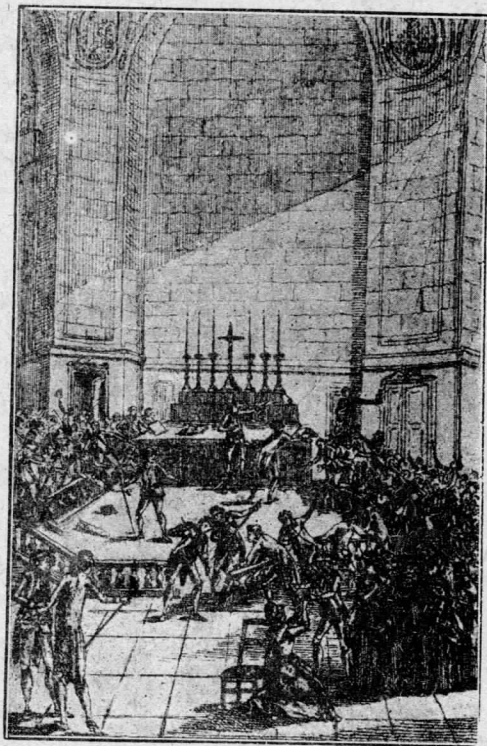


MATANZA EN LA CAPILLA EN 24 DE ENERO
DE 1791

(De una estampa de la época)

vez de progresar en la vía de las ideas republicanas, la burguesía y los «intelectuales» evolucionaban en sentido contrario. Si en 1789 en todos los actos del tercer Estado se notaba una tendencia decididamente republicana, democrática; después, a medida que el pueblo manifestaba sus tendencias comunistas e igualitarias, esos mismos hombres se convertían en defensores de la monarquía, en tanto que los francamente republicanos, como Tomás Paine y

Condorcet, representaban una ínfima minoría entre los hombres instruidos de la burguesía. De modo que mientras el pueblo se hacía republicano, los «intelectuales» retrocedían hacia la monarquía constitucional. El 13 de junio de 1792, pocos días antes de la invasión de



ASAMBLEA DE CURAS NO JURAMENTADOS
EN LOS TEATINOS, EN 2 DE JUNIO DE 1791

(De una estampa de la época)

las Tullerías por el pueblo, Robespierre combatía aún la República en estos términos: «Es en vano que se intente seducir a hombres entusiastas y poco ilustrados con el cebo de un gobierno más libre y con el nombre de una república: la caída de la Constitución en este momento sólo puede encender la guerra civil, que conduciría a la anarquía y al despotismo.»

¿Temía el establecimiento de una república aristocrática, como suponía Luis Blanc? Es posible, pero nos parece más probable que, defensor decidido hasta entonces de la propiedad, temía en aquel momento, como casi todos los jacobinos,

los furores del pueblo, sus tentativas de «nivelación de las fortunas» («de expropiación», diríamos hoy). Temía ver hundirse la Revolución en tentativas comunistas, y resultaba que a la misma víspera del 10 de agosto, en el momento en que toda la Revolución inacabada, detenida en su empuje y acometida por mil conspiraciones, quedaba aplazada y nada podía salvarla más que el derrumbamiento de la monarquía por un levantamiento popular, Robespierre,

como todos los jacobinos, prefería conservar el rey y su corte a arriesgar en un nuevo llamamiento a la fogosidad revolucionaria del pueblo. Sucedia entonces lo que sucede a los republicanos italianos y españoles de nuestros días, que prefieren la conservación de la monarquía, que les libra de las tendencias comunistas en que necesariamente se inspiraría la revolución popular.

La historia se repite siempre. ¡Cuántas veces se repetirá aún, ahora que Rusia, Alemania y Austria van a comenzar su gran revolución!

Lo más notable en la mentalidad de los políticos de aquella época, lo que en análogas circunstancias permite hacer comparaciones con los políticos de la actualidad, es que precisamente en aquel momento, julio de 1792, la Revolución se hallaba amenazada por un formidable golpe de Estado realista, preparado desde larga fecha, y que había de



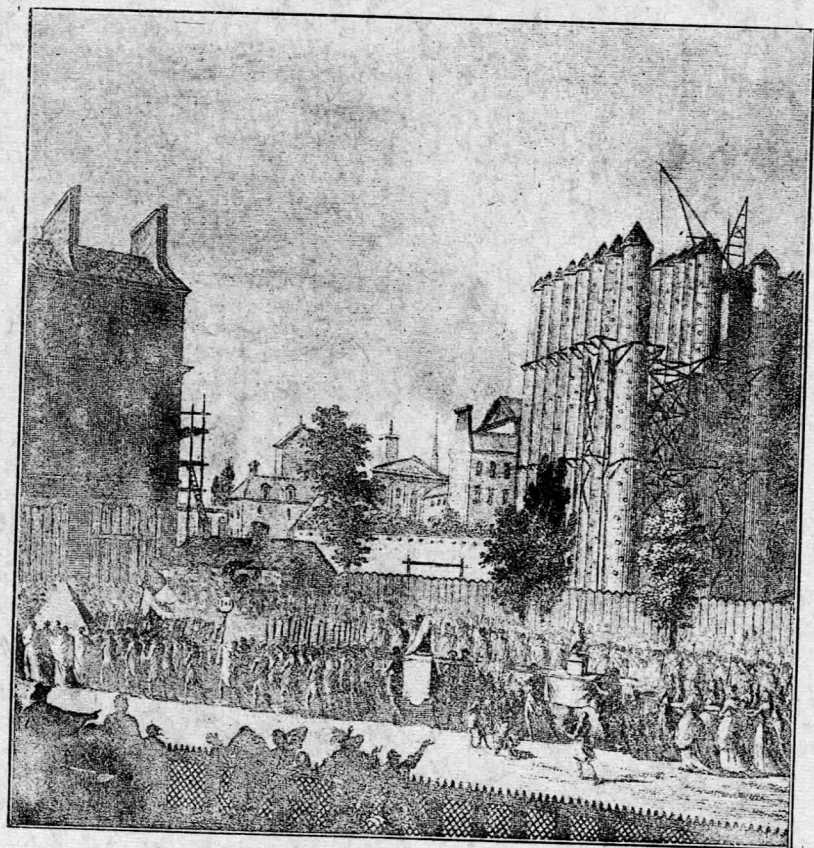
GUADET

ser sostenido por grandes insurrecciones en el Mediodía y en el Oeste, al mismo tiempo que por una poderosa invasión extranjera: alemana, inglesa, sarda y española.

Así, en junio de 1792, en cuanto el rey destituyó a los tres ministros girondinos (Roland, Clavière y Servan), Lafayette, jefe de los fuldenses y realista en el fondo, se apresuró a escribir su famosa carta a la Asamblea Legislativa (fechada en 18 de junio), ofreciéndose a hacer un golpe de Estado contra los revolucionarios.

En ella pedía francamente que se depurase Francia de los revolucionarios, y añadía que en el ejército «los principios de libertad son queridos, las leyes respetadas y la *propiedad reverenciada*»,

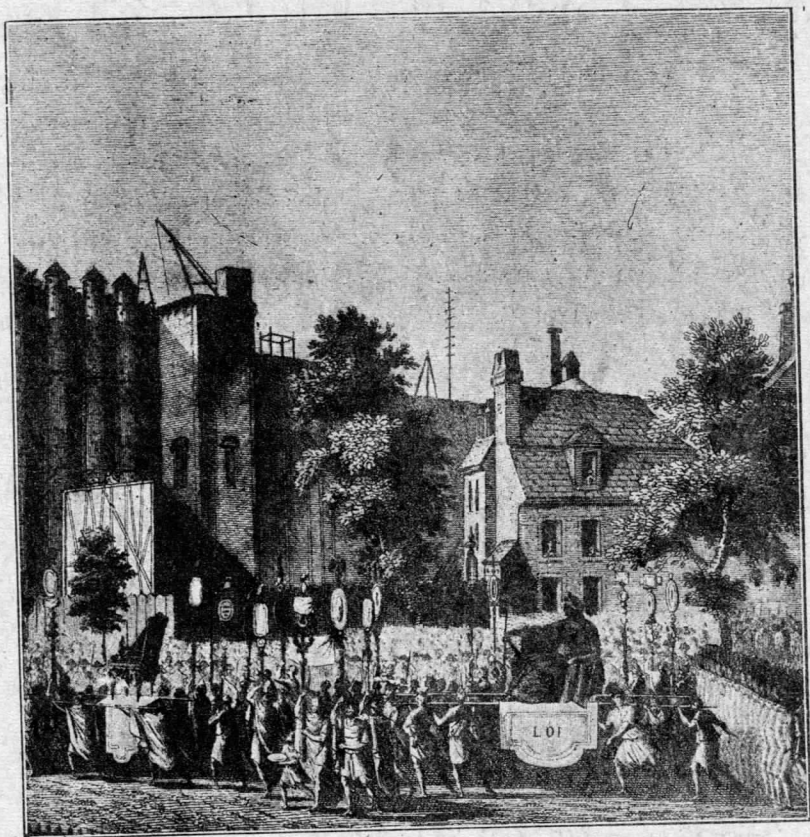
no como en París, por ejemplo, en la Comuna y entre los franciscanos, donde con tolerancia perturbadora del orden social se permitía atacarla.



POMPA FÚNEBRE EN HONOR DE
EL DÍA 31 E

Pedía además — y esto da la medida del alcance reaccionario de su intento —, que el poder real quedase intacto, independiente; quería «un rey reverenciado», ¡después de la huida de Varennes! ¡Y esto en el momento mismo en que las Tullerías se agitaban incesantemente preparando un vasto complot realista y en el que el rey sostenía una correspondencia activa con los gobiernos de Austria y Prusia, esperando de ellos su «liberación», y cuando tra-

taba a la Asamblea con más o menos desprecio, según el tenor de las noticias que recibía concernientes a los progresos de la invasión alemana!



SIMONEAU, ALCALDE DE ETAMPES
JUNIO DE 1792

(De una estampa de la época)

¡Y haber llegado la Asamblea a estar a punto de enviar aquella carta de Lafayette a los 83 departamentos, lo que no se llevó a cabo por la astucia de los girondinos, entre ellos Guadet, que dijo que aquella carta era apócrifa y que era imposible que la hubiera escrito Lafayette!

¡Y todo eso ocurría dos meses antes del 10 de agosto!

Preciso es reconocer que, a lo menos aparentemente, en aquel

caso un detalle mínimo tuvo considerable importancia en el desarrollo de los acontecimientos.

París estaba en aquella época completamente inundado de conspiradores realistas.

Los emigrados circulaban libremente y con la mayor osadía entre Coblentza y las Tullerías, volviendo acariciados por la corte, cargados de dinero, contentos y dispuestos a dar ánimos hasta a los más pusilánimes. «Numerosos recursos estaban a disposición de los conspiradores», dice Chaumette, a la sazón procurador de la Comuna de París (1). La administración departamental de París, que tenía en su seno Talleyrand y la Rochefoucauld, pertenecía enteramente a la corte. La municipalidad, una gran parte de los jueces de paz, «la mayoría de la guardia nacional y todo su estado mayor, pertenecían igualmente a la corte, le servían de acompañamiento ovacionista y aclamador en los frecuentes paseos que hacía entonces (sin acordarse ya del 21 de junio) y en los diferentes espectáculos».

Sobre este asunto decía Chaumette:

«La casa doméstico-militar del rey, compuesta en su mayor parte de ex-guardias de corps, de *emigrados repatriados* y de aquellos héroes del 28 de febrero de 1791, conocidos por el nombre de *caballeros del puñal*, indisponía al pueblo por su insolencia, insultaba a la representación nacional y anunciaba públicamente disposiciones liberticidas.»

Los frailes, las monjas y la inmensa mayoría de los clérigos se unían a la contra-revolución (2).

Todos aquellos que por rutina atávica, por misoneismo, por temor a no poder adaptarse a la nueva vida social, los incapaci-

(1) *Mémoires de la Révolution du 10 août 1792*, con prefacio de F. A. Aulard, París, 1893. Chaumette acusa al mismo director del departamento de haber hecho venir sesenta mil contra revolucionarios y de haberles dado albergue. Si el número parece exagerado, la reunión de gran número de contra-revolucionarios en París es cierta.

(2) He aquí un suceso de que hablaba el todo París de aquella época, referido por Mme. Julien: «La superiora de las hermanas grises de Rueil ha perdido su cartera, y ha sido hallada y abierta en el ayuntamiento de la localidad. Se ha demostrado que han enviado a los emigrados 48,000 libras desde 1.º de enero» (*Journal d'une bourgeoise*, p. 202).

tados para seguir la orientación revolucionaria, los que aun vivían formando parte de las instituciones derrocadas y todavía no substituidas por instituciones nuevas ni menos por personal adecuado; junto con los recientes beneficiarios de los trastornos revolucionarios que ansiaban el momento de verse en posesión tranquila de sus usurpaciones convertidas en propiedad amparada por la ley y respetada por la gente de orden, constituían las masas antirrevolucionarias.

Respecto de la Asamblea, he aquí cómo la caracterizaba Chaumette:

«Una Asamblea Nacional sin fuerza, sin consideración, dividida, envilecida a los ojos de Europa por debates mezquinos y odiosos, humillada por una corte impudente y que responde a sus desprecios redoblando la bajeza cerca de ella, sin potencia y sin voluntad.»

En efecto, aquella Asamblea, hasta tal punto había degenerado, olvidando sus antecedentes, sus primeros acuerdos y su misión revolucionaria, que empleaba horas y horas en discutir de cuántos miembros se compondrían las diputaciones enviadas al rey, si se habían de abrir las dos hojas o una sola de la puerta, y que, en efecto, pasaba el tiempo, según la frase gráfica de Chaumette, «en oír dictámenes declamatorios, que terminaban invariablemente por... *mensajes al rey*», aquella Asamblea merecía ser despreciada por la misma corte.

Entretanto todo el Oeste y el Sudeste — a las mismas puertas de las ciudades revolucionarias, como Marsella, — estaban trabajados por comités secretos realistas, que reunían armas en los castillos, alistaban oficiales y soldados y se preparaban a lanzar hacia el fin de julio un poderoso ejército contra París, a las órdenes de jefes venidos de Coblenza.

Para el logro de su intento removían con actividad febril todo género de pasiones deprimentes, renovaban las supersticiones más trasnochadas y absurdas, dificultaban la solución racional y práctica de todos los problemas políticos y sociales, poniendo en fermentación

positiva y eficaz la ignorancia de los siglos, la más arcaica tradición acatada y reverenciada en oposición constante con la ciencia y el ideal igualitario y libertador, y del fondo del fanatismo más monstruoso y arraigado extraían poderosos elementos de combate para el sostén y el triunfo de los proyectos más reaccionarios.

Aquellos movimientos reaccionarios del Mediodía son tan curiosos, especiales y característicos, que conviene dar de ellos una idea general.

